

puede sufrir con esto un quebranto económico. Sin duda, pero el autor de un libro malo, que no se ha vendido, tiene el recurso de no reincidir. ¿Qué recurso le queda a un cómico, sin otra carrera que las tablas, al no encontrar contrata ó al ver el teatro desierto?

Yo he propendido, en estas materias, en teoría, á la intransigencia más ruda. ¿Que no sirve para cómico? A clavetear suela. Un mal artista hace mucho daño á su país. Pero, llegando á la práctica, esa conciencia que no debíamos tener asoma su compungida cara..., y vienen las componendas, los eufemismos, las atenuaciones, las perífrasis ó el silencio, la abstención... Por todos estos períodos he pasado, antes de decidirme á renunciar á la crítica de obras nuevas y actores y autores vivos. Como nunca llueve á gusto de todos, no falta quien diga que eso de no hablar sino de los difuntos es una cobardía. Que le motejen á uno de cobarde, es menos desagradable que la visión ó fantasmagoría de cuatro chiquillos hambrientos, á los cuales arrebatamos el mendrugo que iban á roer... Tal es el cuadro que os pintan, abusando de la sensibilidad que, á fuer de hijos del siglo xx, tenemos demasiado desarrollada.

¡Qué de conflictos entre esa sensibilidad y el mero buen sentido, consejero cauto, refranero á lo Sancho Panza!

* *

En la vida literaria, á cada paso se tropieza con problemas..., que no debieran serlo. Lo que todos los espectadores repiten en los pasillos, no es lícito que lo indique con reservas, al día siguiente, un cronista ó un aficionado. No parece si no que, al llegar á la letra de imprenta, la verdad se pone una mascarilla, y desfigura la voz, para mejor disfrazarse. Y la dama, á quien, á boca llena, todos llamaban fea y entrada en años, se convierte en hurí; y el galán amanerado, en genio; y el actor cómico, en otro Larra, y la damita, con cara de candil, en un hechizo... Si tal no escribís, seréis reo de lesa humanidad: una olla, por culpa vuestra, estará vacía, un fuego apagado, varias tiernas criaturas sollozantes, escuálidas...

Hay así, en el mundo, momentos en que se os echan encima responsabilidades que no habéis contraído, porque, en suma, no estáis obligado á dar la papilla á la chiquillería del prójimo. Os quedáis aturcido, al averiguar que de algo vuestro—omisión ó comisión—penden las funciones nutritivas de interesantes pequeñuelos á quienes no habéis visto ni mucho menos engendrado.

Y, siquiera, cuando es omisión... Dejar de hacer una cosa... Bueno, eso no molesta excesivamente ni al más activo. Lo grave es la comisión. Y sucede á menudo que os compelen, que os aprietan para que, mintiendo á vuestra conciencia, proclaméis lo contrario de lo que pensáis...

* *

En cierta ocasión, uno de esos vencidos literarios que sienten más el vencimiento por lo mismo que, á una hora dada, estuvieron á pique de triunfar, se acercó á mí y me refirió su historia. Desempeñaba entonces un modesto empleo, en no sé qué oficina del Estado; con el sueldo vivían él y los suyos. Pongamos en su punto los hechos: ni cabe decir que desempeñase el empleo, pues, sobre ser hombre más dado á empeñar que á desempeñar, rara vez aportaba por la oficina, y cuando aportaba se ponía á emborronar cuartillas de renglones desiguales ó borrones de novela; ni vivían los suyos, si no que fallecían de hambre, gracias á la incorregible bohemia del jefe de la familia. Así y todo, al escucharle se experimentaba simpatía hacia él, y demostraba lozana imaginación, cultura heterogénea, pero que prestaba atractivo á su conversación, y un don novelesco de dramatizarlo todo, empezando por su propia existencia, asaz prosaica. Siempre que aparecía, era para referir ó un frustrado conato de suicidio, «sus desesperaciones» ó un principio de incendio en su «pobre choza», ó la meningitis de uno de sus «ángeles» ó la pulmonía doble de su «amante compañera» ó algo por el estilo. Y luego salíamos con que el suicidio era un poco de cardenillo en un perol, el incendio un cabo de sebo que quemó la paja de una silla, la meningitis un empacho, la pulmonía doble un coriza, y así sucesivamente.

Procedente de la última generación romántica y amigo de todos aquellos bohemios famosos—en primer término, de Pepe, á quien los demás conocíamos por Zorrilla,—el vencido no se había consolado de su mala suerte, al no conseguir un cacho de fama y gloria, como los demás. Creía firmemente, y sabía comunicar por momentos su convicción, que se ha-

bía quedado en la obscuridad, no por falta de méritos más que sobrados, si no por una de esas travesuras ó juegos de la fortuna, que dispone las cosas de cierto modo, y escamotea el instante de la victoria. En demostración nos leía versos, no malos, si no bastante aceptables, exclamando, con una semisonante de amargura: «Si acierto yo á ser quien declama esto sobre la tumba de Mariano José, la misma ovación me gano que se ganó Pepe; la misma reputación. Fué el diablo que, en tal fecha, tenía yo diez años no más. ¡Que llegase á tener diez y ocho ó diez y nueve!..»

Nos reíamos, y sin embargo, no podíamos negar que algo de buen ó mal sino influye en el caso de las reputaciones. No se nos ocurría comparar á nuestro bohemio con Pepe; pero al lado de Zorrilla se alzaron varios más, celebrados á su hora, remunerados quizás con altas posiciones, que no superaban en aptitudes al desastrado y mísero vencido, cuya única compensación era fantasear lo que pudo ser y no fué—¡el más vano de los humanos sueños!

Una tarde, el soñador se presentó radiante de esperanza, emocionado como el que ha visto su número en las listas de premios de la lotería. Acababa de ocurrírsele una idea sublime, feliz. Toda aquella penumbra que envolvía su nombre y su labor; toda la perfidia de los hados—iban á disiparse, rápida y triunfalmente, y de la manera más sencilla. ¿Cómo no lo pensó antes? Pues si era la cosa más corriente, fácil y natural... Uno ó dos artículos que yo enviase al *Imparcial* ó á otro diario de circulación, de los varios en que colaboraba; uno ó dos artículos, revelando al mundo literario la injusticia cometida, y colocando en su punto lo que malignos encantadores trastocaron y desfiguraron—y se rectificaba lo pasado, y la aureola venía de suyo en busca de la frente... Era un rasgo de nobleza que esperaba de mí; era una obra de caridad también, porque equivalía al ascenso, á la demanda de artículos y libros por periódicos y editores, á la prosperidad, en suma, que llovería sobre un hogar, hoy combatido por la desdicha! Y, como elementos de mi trabajo, me traía los tomos desencuadernados, rotos, mugrientos, que formaban parte de una novela por entregas, publicada allá en los años del 50 al 55, si no me es infiel la memoria. «No la poseo completa...—repetía lastimosamente.—Mi infortunio ha sido tal, que ni un ejemplar completo de mis libros me ha quedado. Y esta novela, aunque yo no deba decirlo, quizás no tuviese que avergonzarse si se confrontase con *Martín el expósito*...»

* *

Entienda cada cual los lances del vivir á su manera. Yo no solté la carcajada; yo no encontré en el fondo de mi alma la ironía. Sentí una piedad profunda, no de aquel hombre; de toda la humanidad, ilusa y doliente. ¡Cómo persuadir al fantaseador de que cuando el momento ha pasado, no vuelve, de que el destino es más fuerte que nosotros! ¡Cómo demostrarle que mi sacrificio sería estéril! Y la palabra *sacrificio*, es exacta. Nuestra mentalidad se afirma ó se desmiente en tales transacciones. El público no se limita á mofar del asunto de un artículo; se mofa, implacable, de su autor.

Se fué con las orejas gachas, arrastrando sus tacones torcidos, haciendo gestos de pena, de desastre, de decepción, de resignación fatalista, como el que exclama: «¡Esto más Señor! ¡La última tabla de salvación se hunde! ¡Nunca, nunca sabrán mi nombre las generaciones!»

Y me quedé también dudosa, sufriendo yo también; mi razón iba al Norte, y mi sentimentalismo, al Sur... Al mismo tiempo, el orgullo de haber resistido me sostenía. Se puede callar, lo que no se puede falsificar la verdad. Perdemos el tiempo, la tinta y el buen nombre.

Desde aquella fecha, el caso se reprodujo; pero ya me encontré cortada, más tranquila, con experiencia de la comedia literaria. Y á título de comedia, de divertida farsa, he asistido á escenas en que la vanidad y la ilusión se dieron la mano. Un autor, desconocido para mí, me acosó más de lo acostumbrado, exigiéndome casi como se exige el pago de una deuda, que escribiese y publicase un juicio acerca de sus obras. «Un juicio elogioso» añadía, resueltamente. ¿Qué podía alegar en contra de su pretensión? ¡Acaso no tengo de sobra donde insertarlo? ¡Acaso me falta la disposición para borrarlo? Y esto, que á mí no me cuesta nada ¿no es para él asunto vital? ¡Y hay derecho á negarse á lo que á otro le resuelve el porvenir? ¡Es justo, es lícito tal comportamiento? Y sus ojos chispeaban, y la cólera, contenida, enronquecía su voz... Si puede me apalea.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace algunos días, un amigo mío, que practica el *sport* tan moderno como universal de escribir en los diarios, tuvo ocasión de emitir algunas apreciaciones sobre una compañía dramática que actuaba en el teatro de la ciudad donde esto ocurría. El crítico dijo su parecer, más bien mitigado, acerca del físico de la primera dama, acerca de la dicción de la misma actriz. Y al día siguiente, recibió la visita del marido y director, que, en nombre de la alimentación de la familia, venía á suplicarle que cambiase de lenguaje, si no de opinión, y no privase del pan cotidiano á personas tan dignas de comerlo como otras cualesquiera, aunque el arte no las hubiese iluminado con su reflejo celeste...

* *

El episodio, asaz vulgar y sencillo, plantea de nuevo una cuestión que mil veces he oído proponer. ¿Se debe decir la verdad, en letras de molde? ¿Es un acto de nobleza y sinceridad, ó es crueldad y dureza? ¿Qué camino seguir, cuando se ejerce, en mayor ó menor escala, lo que antaño se llamó «el sacerdocio de la crítica?»

Situándose en el terreno del arte puro, no cabe duda: hay que cantar claro y no pararse en pelillos. Sólo que existe una desagradable confusión, que nos obliga á repetir el conocido verso:

Ce mélange de gloire et de gain m'importune.

Es sobre todo en el teatro donde el *mélange de gloire et de gain* nos sale al paso á cada recodo. Inseparables son la taquilla y el laurel. El aplauso hace hervir el puchero. No es una de las menores inferioridades del teatro, como género literario.

Cuando se tiene una conciencia meramente honrada, sin más adjetivos, siempre molesta la idea de que un plumazo nuestro vaya directamente á cercenar la ración de sopa de un hogar donde tal vez hay niños. Se me dirá que también el que publica un libro y no lo vende porque los críticos lo desprecian,